

legislativo, se retractó, como se había retractado ya acerca de la electricidad vítrea y resinosa. En los consejos, en vez de disertar, racionaba; fundó una sociedad para mejorar la suerte de los presos, otra para abolir el tráfico de esclavos, y combatió las razones de sus sostenedores, haciendo el elogio del gobierno de Argel y de la piratería: nuevo ensayo de la aguda ironía socrática que se advierte en todos sus escritos y no se entiende sino donde hay hombres de ingenio culto, de sentimiento delicado, de razón ejercitada.

Catones suicidas, Áticos que expirásteis de hambre voluntaria, Vespasianos que queríais morir en pié, venid á presenciar la muerte del héroe moderno. El 17 de abril de 1790, vió, sin terror ni ostentación, acercarse el fin de sus ochenta y cuatro años: *Componedme la cama para morir con comodidad*, dijo, y espiró.

En su testamento dejó capitales que, acumulándose con el tiempo, sirviesen para grandes obras públicas, y pequeñas sumas con que ayudar los fatigosos pasos del que empieza una carrera ó quiere ejecutar algún noble

designio; al general Washington legó su bastón de manzano silvestre, mejor que un cetro.

¡Adios, pues, héroes magnánimos y temidos; héroes de la espada y de la fiereza! Hoy os han reemplazado las clases trabajadoras, los héroes del comercio ó del cálculo, la renta, lo positivo; os anuncian una nueva época esa límpida inteligencia sin poesía, esa honradez sin grandeza. Franklin quiso prolongar mas allá de la tumba la sonrisa ática, y destinó para su losa sepulcral este epitafio de operario:

EL CUERPO,
DE BENJAMIN FRANKLIN,
IMPRESOR,
COMO EL FORRO DE UN LIBRO VIEJO
DEL QUE ESTÁN ARRANCADAS LAS HOJAS
Y BORRADOS EL TÍTULO Y LOS DORADOS,
AQUÍ YACE VÍCTIMA DE LOS GUSANOS.
LA OBRA SIN EMBARGO NO SE PERDERÁ,
SINO QUE VOLVERÁ Á APARECER
SEGUN CREÍA
EN UNA NUEVA EDICION
REVISTA Y MEJORADA
POR EL AUTOR.

NÚM. XXXV

WARREN HASTINGS.

(1743-1818.)

Warren Hastings, descendiente de una antigua familia arruinada, nació en el condado de Oxford á 6 de diciembre de 1732. Su abuelo, á quien le entregó su desarreglado padre, le puso á aprender á escribir en la escuela de la aldea con los hijos de los campesinos, donde adquirió fama de estudioso, y por algún tiempo se conservó memoria de él, como de uno cuya razón había madurado desde muy temprano, y que iba á pasearse á orillas de los arroyuelos con un libro en la mano. Parece que la vista misma de los predios de Daylesford, que sus mayores habían poseído y perdido, daba que pensar al alumno, y le inspiraba desde entóncos proyectos ambiciosos. Cincuenta años despues escribía á un amigo: « Una de mis diversiones predilectas era sentarme junto á este arroyo, y fabricar castillos en el aire. Así, en un hermoso día de verano, á la edad de siete años, recuerdo me decidí á rescatar á Daylesford; y eso que entónces me mantenía un pariente, el cual se encontraba apenas á cubierto de la indigencia. Sin embargo, aquel plan infantil no me pareció imposible, y nunca se apartó de mi mente. Dios sabe si las circunstancias me permitieron renunciar, sin tacha de cobarde, á ambición tan honrosa; pero he vivido para satisfacerla. Así, aunque pocos hombres públicos tienen mas derecho que yo de quejarse de la injusticia del mundo, daré sin cesar gracias á Dios por haberse dignado concederme que pasase la última parte de una larga, pero no inútil existencia, en estos sitios caros para mí por tantos recuerdos personales y tantas tradiciones de familia. » Llamarse un día Hastings de Daylesford, no cesó de ser el blanco de aquella fuerza de voluntad tranquila, pero invencible, que constituía su carácter.

El futuro gobernador de la India empezó con tiempo sus difíciles pruebas. Colocado por su tío Howard en un colegio de Newington á la

edad de ocho años, tuvo tan malos alimentos que atribuyó siempre á aquella comida espartana su débil temperamento y pequeña estatura. Dos años despues pasó á la escuela de Westminster, donde por haberse señalado en el estudio, obtuvo un puesto gratuito: triunfo estudiantil, escrito, segun costumbre, en letras de oro sobre la pared de los dormitorios donde hoy mismo puede leerse. Allí estudió con Cowper, poeta religioso y fantástico, que no le volvió mas á ver; pero que, en su soledad, rechazó siempre como calumnias las acusaciones lanzadas mas adelante contra su antiguo condiscípulo. El satírico Churchill, los dramáticos Colman y Cumberland fueron tambien condiscípulos suyos, no ménos que Eliza Impey, que debia representar á su lado un importante papel en el Indostan.

Preparábase el jóven Hastings á recoger las palmas académicas en Cambridge ó en Oxford, cuando murió Oward, dejándole recomendado á un tal Chiswick, lejano pariente, que para verse libre de él trató de buscarle una colocación en la Compañía de la India; esto es, enviarle á morir de mal del hígado, ó ponerle en la senda de la fortuna. El doctor Nichols, rector de Westminster, clamó contra el bárbaro que queria privarle de su mejor alumno, y á las universidades inglesas de tan notable laureado, llegando á decir que lo mantendria de su cuenta; pero Hastings abandonó sin importarle mucho sus clásicas coronas, é imponiéndose en pocos meses de la contabilidad mercantil, fué por dos años empleado al Fuerte Williams.

El Fuerte William era entónces un establecimiento puramente comercial. En la India Meridional la política de Dupleix habia convertido á los empleados de la Compañía, á pesar suyo, en diplomáticos y generales. La guerra de sucesión assolaba el Carnático, donde el genio de

ses, este ministro gobernaba como soberano absoluto; su asignación anual subía á cerca de 100,000 libras esterlinas; la lista civil de los nabab, de 300,000 libras esterlinas al año, pasaba por sus manos, y dentro de ciertos límites, á él correspondía fijar su importe. Por lo demás, daba cuenta solo á la Compañía del ejercicio de su inmenso poder. Un puesto tan importante, tan lucrativo, tan honorífico, debía naturalmente excitar los deseos de todos los indígenas ambiciosos. Obligado á elegir entre muchos pretendientes, vióse Clive en grande aprieto, pues había dos, dignos por varios títulos de su preferencia, y representantes uno y otro de una raza y una religión.

Uno era Mohammed Reza Kan, musulman, de origen persa, capaz, activo, religioso por el estilo de su nación y estimadísimo de los suyos. En Inglaterra se le hubiera considerado avaro y corrompido; según la moral india, era un hombre íntegro y apreciable.

Su competidor era un braman indio, el maharajah Nuncomar, cuyo nombre debía ir mas adelante asociado inseparablemente al de Hastings por una funesta catástrofe. El nombre de Nuncomar había figurado en todas las revoluciones que desde Sudyá Dulah se habían sucedido en Bengala. Á la consideración que goza en la India una casta elevada y pura de toda mezcla, agregaba la autoridad de las riquezas, de los talentos y de la experiencia. Para juzgarle, es preciso ántes dejar á un lado la moral inglesa. El muelle habitante de aquellas ardientes comarcas vive en un baño de vapor perpétuo; sedentario por hábito y por inclinación, delicado y lánguido, lleva hace siglos el yugo de las razas mas robustas y valientes; su constitución y condición desdicen del valor, de la independencia, de la franqueza, de todas las cualidades elevadas, nobles ó generosas. Existe una analogía singular entre su alma y su cuerpo. Se rendirá sin resistir; pero su docilidad y su astucia excitan al mismo tiempo el desprecio y la admiración de los Europeos. Grandes promesas, excusas triviales, mentiras, perjurios, son las armas ofensivas y defensivas de los que habitan á orillas del Ganges inferior. Todos aquellos millones de hombres no suministran un cipayo á los ejércitos de la Compañía; pero como usureros, banqueros y agentes, no hay pueblo que les iguale. Á pesar de su debilidad, el Bengales es implacable en el odio, y raras veces cede á la piedad, á no mediar el temor. Está, además, dotado de cierto valor, que falta á menudo á sus señores. Las desgracias inevitables no le alteran, semejante en esto al sabio ideal de los estóicos. Un soldado europeo, que se lanza con gritos de alegría contra la boca de un cañon, gritará de dolor bajo el bisturí del cirujano, ó se desesperará si un consejo de guerra le condena á muerte. Si tropas enemigas asolan y someten el país, incendian los bienes, matan ó deshonoran la familia, el Bengales no tiene corazón

para dar un golpe; pero soporta el tormento con la firmeza de un Mucio, y sube al patíbulo con la seguridad y serenidad de Algernon Sidney.

Disgustaba mucho á Clive confiar á un musulman el gobierno de Bengala; mas, por otra parte, Nuncomar reunía en sí todos los defectos y los vicios de su nación. Los agentes de la Compañía le habían sorprendido mas de una vez en intrigas criminales; había hecho uso de documentos falsos en una causa; decía que era adicto á los Ingleses, y conspiraba contra ellos, dándose el aire de mediador entre la corte de Dehli y las autoridades francesas del Carnático. Despues de vacilar mucho tiempo, Clive tuvo la prudencia y probidad de elegir á Mohammed Resa Kan. Siete años llevaba este de ejercer sus altas é importantes funciones, cuando Hastings fué nombrado gobernador general. Un hijo de Mir Shafa, aun en la infancia, ocupaba el trono de los nabab, y el ministro tenía á su cargo la guardia y tutela del jóven príncipe.

Desde aquel día Nuncomar no pensó en otra cosa mas que en la ruina de su afortunado rival, y no le faltaban los medios. Las rentas de Bengala eran siempre inferiores á las quiméricas esperanzas de la Compañía. Nadie imaginaba en Inglaterra que la India excediese en pobreza á las pobres comarcas de Europa, de Irlanda, de Portugal y de Suecia. Atribuyeron esto los directores á la mala administración de Mohammed Reza Kan; y jamas conocieron, ó no quisieron conocer la verdadera causa, esto es, la crasa ignorancia que en ellos existía del país que les estaba encomendado. Nuncomar, que tenía agentes secretos hasta en el mismo Londres, los confirmó en su error. Apenas llegó Hastings á Calcuta, recibió una carta particular donde se le mandaba destituir á Mohammed Reza Kan, prenderle con su familia y sus parciales, y examinar del modo mas severo la administración de la provincia, valiéndose al efecto del auxilio de Nuncomar. Hastings detestaba á este, pues había tenido con él una violenta disputa en Murshedabad, y no le asistía ninguna razón para ser enemigo de Mohammed Reza Kan; sin embargo, obedeció con tanta mayor premura cuanto que meditaba hacer tiempo abolir el doble gobierno de Bengala. Á media noche el palacio del ministro fué ocupado por un batallón de cipayos. Despertóse de improviso, y al oír que estaba preso, inclinó la cabeza, resignándose con la voluntad de Dios. Schitab Roy, gobernador de Bahar, participó de la misma suerte. Los individuos del consejo no tuvieron conocimiento de estos sucesos sino cuando los presos se acercaban á Calcuta.

Mientras que Mohammed Reza Kan esperaba en la cárcel el principio de su proceso, diferido bajo varios pretextos, Hastings llevaba á cabo sin obstáculo la gran revolución meditada; abolido el cargo de gran ministro, daba á los empleados de la Compañía la administración inte-

rior del país, y establecía un sistema, á la verdad imperfectísimo, de justicia civil y criminal, bajo la vigilancia y autoridad de Inglaterra. El nabab, privado de todo poder real ó aparente, pero tratado siempre como soberano, recibía una pensión anual considerable. Durante su menor edad, la custodia y administración de los bienes fueron confiadas á Muny Begun, una de las mujeres de su padre. Nuncomar no obtuvo nada para sí, creyendo Hastings bastante recompensados sus servicios con nombrar á su hijo Gurdas tesorero de la casa del nabab.

Consumada la revolución, disuelto el doble gobierno, y reinando la Compañía absoluta en Bengala, Hastings no tenía ya motivo de tratar severamente al último ministro. Conducidos ante una comisión presidida por el gobernador, Mohammed Reza Kan y Schitab Roy, fueron puestos en libertad, á pesar de las acusaciones de Nuncomar. La inocencia de Schitab Roy fué proclamada solemnemente, excusándole del injusto trato que se le había dado y usando para con él del respeto que se acostumbra en Oriente; pero como se alterase su salud en la cárcel y su noble corazón se sintiese cruelmente ofendido, murió al poco tiempo en Patna de disgusto. La inocencia de Mohammed Reza Kan no fué demostrada con tanta claridad. No obstante, Hastings declaró insuficientes las acusaciones que se le habían dirigido y le mandó poner en libertad. Nuncomar se había propuesto destruir la administración musulmana, y elevarse sobre sus ruinas; pero el odio y la ambición de este indio se frustraron completamente. Hastings se servía de él como de un instrumento para trasladar el gobierno desde Murshedabad á Calcuta, de las manos de los indígenas á las de los Europeos; aquel rival tan envidiado, aquel enemigo tan implacablemente perseguido, había sido absuelto, aquel puesto, tanto tiempo y con tanto ardor deseado, estaba abolido. El vengativo braman juró odio eterno al gobernador; sin embargo, conoció que le convenía por entónces ocultar en el fondo del corazón tales sentimientos; pero se acercaba el día en que esta larga enemistad debía convertirse en una lucha desesperada y mortal.

Por aquel tiempo Hastings, obligado á buscar y hallar dinero para el exhausto tesoro del Estado, decidió apelar á todos los medios, buenos ó malos, á fin de proporcionarse los millones de rupias que necesitaba el gobierno, y estableció la máxima de que el mejor sistema era quitarlo á los que lo poseían. Los directores de la Compañía no ordenaban ni aprobaban ningun delito; al contrario, sus cartas estaban llenas de excelentes preceptos, de los sentimientos mas justos y generosos, pero todas concluían pidiendo dinero.

Obraban con los Indios como la Inquisición en otro tiempo con los herejes, que al abandonar las víctimas al verdugo le rogaba las tratase con la posible bondad. Sus instrucciones

equivalían á decir: « Sed el padre y el opresor del pueblo; sed justo é injusto, moderado y codicioso. » No les acusó de hipocresía. Quizá escribiendo á cinco mil leguas de distancia del país donde tales órdenes debían ejecutarse, no advirtieron semejante contradicción; pero su lugarteniente en Calcuta la comprendió muy bien. El erario estaba vacío, las tropas mal pagadas, las cosechas eran insuficientes, no cobraba puntualmente sus emolumentos; los asentistas del Estado huían sin cumplir su deber, y á él se le pedían millones. Ó era preciso ejecutar las órdenes que recibía, ó dejar el puesto y renunciar á todas las esperanzas de gloria y de fortuna. Decidido á conservarlo, y obligado entónces á desobedecer las instrucciones morales, ó los pedidos de dinero que se le hacían, calculó las probabilidades de perdón en ambos casos, y resolvió desentenderse de los sermones y proporcionarse las rupias.

Dotado de entendimiento fecundo y poco escrupuloso, no debía tardar en descubrir muchos medios de reponer el estado de la hacienda. Redujo á la mitad la pensión anual de 320,000 libras esterlinas que se pagaban al nabab de Bengala; negó al gran Mogol el tributo anual de 300,000 libras esterlinas á que se había obligado la Compañía, pretextando que no era ya en realidad independiente; haciendo ocupar por tropas inglesas los distritos de Corah y de Allahabad, cedidos á aquel por la Compañía, los vendió por 1.000,000 á Sudyá Dulah, príncipe de Uda y nabab-visir. Pero quedaba que celebrar un contrato mas importante entre el nabab-visir y el gobernador, del que dependía la suerte de un pueblo entero, no ménos generoso que valiente. El sacrificio de este pueblo fué resuelto, con eterna infamia de Hastings y de Inglaterra.

Las naciones del Asia Central habían inspirado siempre á los habitantes de la India un gran terror, como los guerreros de los bosques germánicos á los súbditos de Roma y á los mismos Romanos en la decadencia del Imperio. El débil y tímido indio evitaba temblando toda lucha con las tribus robustas y valerosas de la vertiente opuesta de las montañas. Es creíble que, desde muy antiguo, el pueblo que habla el flexible y rico sanscrito, se trasladase desde las comarcas al otro lado del Ífasis y del Hidáspes á subyugar á los habitantes primitivos de los países donde se estableció; pero lo que no deja duda es que, en los últimos diez siglos, numerosos ejércitos marcharon del Occidente á saquear y conquistar el Indostan sin ser jamas rechazados, hasta aquella memorable campaña que plantó la cruz de San Jorge sobre los muros de Ghizni.

También los emperadores del Indostan vinieron de la vertiente septentrional de la gran cadena asiática, y continuaron escogiendo sus soldados entre aquella raza de hombres robustos y valerosos á que pertenecían sus abuelos. Entre los aventureros que abandonaron los alre-

Roberto Clive había amenazado de improviso a la Francia. Pero en Bengala los Europeos, en paz con los indígenas y entre sí, solo se ocupaban en el comercio.

Al cabo de dos años, Hastings fué enviado a la ciudad de Cosimbazar, a orillas del Hougly, distante una milla de Murshedabad, y que era entonces, en pequeño, respecto de esta ciudad, lo que Londres respecto de Westminster; allí residía el príncipe, que, sujeto en apariencia al gran Mogol, pero independiente de hecho, gobernaba las tres provincias de Bengala, Orisa y Behar; allí estaban la corte, el harem, los magistrados; allí el puerto y la plaza de comercio, célebre por sus sederías; recibía y despachaba buques sin parar; la Compañía fundó allí una pequeña factoría, dependiente de la del Fuerte William. Mientras Hastings desempeñaba su destino, Purusha Dulah subió al trono, y declaró la guerra a los Ingleses: la factoría de Cosimbazar fué sorprendida por el tirano, y Hastings, conducido a la cárcel de Collarsheadabad, necesitó de la intercesión de la Compañía de la India para no ser muy maltratado. El vencedor atacó luego a Calcuta; el gobernador y el comandante huyeron, y se rindieron la ciudad y la fortaleza (1756). Es sabido el terrible episodio de la caverna oscura; espantoso entre todos los horrores de que fué teatro la India, pero que al fin provocó la caída del nabab y aseguró el triunfo de Inglaterra. Estos desastres pasajeros favorecieron directamente la elevación de Hastings. «Habiéndose refugiado el gobernador Drake (dice el mismo) en Fulda, el consejo me encargó escribirle desde Murshedabad, y a esta correspondencia debo mi primer ascenso en el servicio de la Compañía.» El joven agente diplomático, no satisfecho aun, entró en una conspiración; pero descubierta esta, evitó, huyendo a Fulda, la venganza del nabab, que no hubiera perdonado a tan peligroso prisionero.

A poco de llegar él, apareció la expedición de Madras, al mando de Clive; y Hastings, queriendo imitar a este general que había empezado como él, dejó la pluma por el fusil. Clive no tardó en confiarle funciones más dignas de su inteligencia. Ganada la batalla de Plassey (1757, 26 de junio) y proclamado Mir Shafa nabab de Bengala, envió a Hastings a la corte del nuevo príncipe, como agente de la Compañía; permaneció, pues, en Murshedabad hasta 1761, en que elegido miembro del consejo supremo, tuvo que volver a Calcuta.

El intervalo de la primera a la segunda administración de Clive había impreso a la Compañía de la India una marcha que no pudieron borrar muchos años de un gobierno humano y justo. El gobernador Vansittart estaba al frente de un nuevo imperio, compuesto por una parte de empleados ingleses atrevidos y capaces, pero ansiosos de enriquecerse; y por la otra, de una numerosa población indígena, tímida y acostumbra a doblarse bajo el yugo. El genio y

la energía de Clive habían bastado apenas para proteger la raza más débil. Vansittart, con buenas intenciones, no bastó tampoco, y la civilización presentó el horrible espectáculo de ese despotismo egoísta que se aprovecha desapiedadamente de la ignorancia y la paciencia de un pueblo conquistado. Por lo general la tiranía pone término a sus excesos cuando teme que la desesperación engendre la rebelión; pero aquí era el reinado de los lobos sobre las ovejas. ¡Felices los pobres habitantes de Bengala que tenían riquezas que sacrificar para salvar sus vidas! Los empleados de la Compañía no tenían más pensamiento que el de sacar a los Indios 200 ó 300,000 libras esterlinas en el más breve tiempo posible, é irse a Inglaterra, antes de sentir los funestos efectos del clima, a casarse con la hija de un par, comprar una aldea arruinada en Cornwall y dar bailes en Londres. Hastings aspiraba a otra cosa; y en su honor debe decirse que, sea cual fuese el motivo que le indujo a no querer formar parte del consejo supremo, volvió a Inglaterra, después de quince años de residencia en la India, casi pobre. No había podido impedir la devastación y la opresión; pero lejos de ser partícipe de ellas, protestó contra los abusos con el propio desinterés; y cuando posteriormente, el odio y la prevención sometieron a exámen esta parte de su vida, como el resto, no se descubrió en ella la menor mancha. No era codicioso ni rapaz; y sin ser muy escrupuloso en los arreglos pecuniarios, tenía un alma demasiado elevada para considerar un vasto imperio con los ávidos ojos de un pirata americano, fijos en un galeón español. Aunque careciese quizá de principios, era sin embargo hombre de Estado y no bandolero. Se hizo tan solo anticipar una suma bastante módica de los considerables emolumentos de su empleo; y aun esta se redujo pronto a nada por su liberalidad y por la manera de ponerla a interés. Regaló generosamente 1,000 libras esterlinas a su hermana casada con un tal Woodman; aseguró una renta de 200 a una tía, y el resto le dejó, según parece, en la India, donde debía producirle más que en Inglaterra; pero una quiebra acabó con intereses y capital. Hastings pasó cuatro años en Inglaterra, estudiando sobre todo las lenguas orientales, y solicitando de la Compañía la suma necesaria para fundar en Oxford cátedras de los idiomas persa é indio.

Entretanto, habiéndose discutido en el parlamento los asuntos de la India, se nombró una comisión que examinó varios testigos. Hastings fué interrogado, y en sus respuestas manifestó ideas tan claras, un juicio tan seguro, que los oradores y ministros comprendieron de cuánto podía servir. A la primera indicación recibió un puesto superior al que había dejado cuatro años antes, con la expectativa de la presidencia de Madras. No obstante serle forzoso contraer deudas para proveerse de lo necesario, dejó intacta la pensión de su tía, y confiando siempre

en su buena estrella, siempre con la esperanza de recobrar un día las posesiones de sus padres, se embarcó en Dover, el 23 de marzo del año 1771, en el *Duque de Grafton*. Escribió a sus hermanos: «Querido hermano y hermana, he llegado a Dover en excelente estado. El práctico va a dejarnos, y aprovecho esta ocasión, la última de escribiros de esta parte del mundo. Un buen camarote, menos confusión y molestia de lo que creía, viento favorable, y un tiempo admirable, son felices presagios de mi partida. Adios, dentro de algunos años estaremos reunidos.»

Una verdadera novela estuvo para pasar a bordo. Entre los pasajeros había un tal Imhoff, Alemán y supuesto barón, que hallándose mal de bienes de fortuna, iba de pintor a Madras, esperando hacerse con algunas de las pagodas, que los Ingleses de entonces ganaban y expendían tan fácilmente en la India. El barón-pintor iba acompañado de su mujer, natural de Arkángel, de agradable presencia y seductores modales, que desde el círculo polar ártico pasaba a figurar como reina bajo el trópico de Capricornio. Despreciaba de corazón a su marido, y no sin motivo, como se probará por lo que sigue. La oficiosidad de Hastings le interesó: un buque de la Compañía es el sitio más propio para engendrarse ardientes amistades u odios mortales. En el fastidio de una travesía que dura meses, todo lo que interrumpe su monotonía divierte; la aparición de una vela, la vista de un alción, un marinero que cae al mar; algunos pasajeros se divierten multiplicando las comidas; pero para engañar el tiempo nada es mejor que una disputa ó una intriga amorosa. ¡Qué facilidad para dos amantes ó dos enemigos de reunirse en esa cárcel flotante, llamada nave! Todas las comidas, todos los ejercicios se hacen en común; las ceremonias se dejan pronto a un lado; cada día encuentra una ocasión de repetir sus trapacerías, como un político viajero la de prestar pequeños servicios. Á menudo un peligro repentino descubre un heroísmo ó una vileza, que en el curso ordinario de la vida hubieran permanecido ignorados para siempre.

Warren Hastings y la baronesa Imhoff se entendieron al momento; y á decir verdad, ninguna corte de Europa hubiera podido unir dos personas de más amables cualidades. Hastings era soltero; la baronesa estaba casada con un hombre poco apreciable y que se estimaba á sí mismo en poco. Hastings se puso malo, y la baronesa le prestó aquellos cuidados que son tan dulces cuando proceden de una mujer tierna. Antes que el *Duque de Grafton* llegase a Madras, Hastings estaba enamorado, pero con un amor particular; como el odio, como la ambición, como todas sus pasiones, este amor era enérgico sin vano ímpetu, tranquilo, profundo, serio, paciente.

Imhoff comprendió filosóficamente el papel que debía representar. Se convino en que la

baronesa reclamara el divorcio de los tribunales de la Franconia; el marido, en premio de su adhesión, recibiría una cantidad de dinero; y llevarían su nombre la prole que naciese mientras estuviera pendiente el pleito; y una vez obtenido el divorcio, Hastings, al casarse con la baronesa, adoptaría los hijos del primer matrimonio. No nos detendremos á alabar ni á censurar.

En Madras encontró Hastings el comercio de la Compañía descuidado desde que sus empleados se habían convertido en guerreros y comerciantes. Aunque más inclinado á la política que á los negocios, sabiendo que el valor de los directores dependía de los dividendos que cobrasen, se aplicó con celo al aumento de estos; y gracias á su talento, bastaron algunos meses para llevar á cabo importantes reformas; de modo que los directores, satisfechos de su trabajo, le encargaron el gobierno de Bengala. En 1772, dejando el fuerte de San Jorge, se dirigió á su nuevo puesto; y los Imhoff, aun marido y mujer, le siguieron a Calcuta, donde continuaron dos años más en el mismo vergonzoso acuerdo.

Cuando Hastings fué elevado á la presidencia del consejo supremo (1774), Bengala estaba aun gobernada según el sistema que Clive había inventado quizá para preparar secretamente una revolución; pero que, consumada esta, no podía producir sino inconvenientes. Había dos gobiernos, uno de hecho, el otro solo aparente; la autoridad suprema correspondía á la Compañía, cuyo poder era absoluto. La tiranía de los Ingleses no tenía más límites que su justicia y humanidad; ningún obstáculo constitucional circunscribía su voluntad; era inútil toda resistencia á sus órdenes; pero esta soberanía sin el título parecía siempre un vasallaje del trono de Dehli; se percibían los impuestos en virtud de un mandato imperial; el sello público llevaba los títulos del Mogol, en las monedas se veía su efigie. Existía aun un nabab de Bengala que vivía como soberano en Murshedabad pero en el gobierno de su reino tenía menos autoridad que el agente más joven de la Compañía.

La organización del consejo de Calcuta era distinta en un todo de la que Pitt y Dundas le habían dado. El gobernador ejercía el poder ejecutivo por completo, derecho de guerra y de paz, de nombrar y quitar á los empleados públicos, á pesar de la oposición unánime y de las protestas de los individuos del consejo. En 1772 no tenía, por el contrario, más que un voto, decisivo únicamente en caso de división; de manera que muchas veces era vencido en las más graves cuestiones, y años enteros se le podía excluir de la dirección de los negocios públicos.

El gobierno interior de Bengala estaba confiado á un gran ministro indígena, que residía en Murshedabad. Aparte de los negocios militares y exteriores, reservados á los Ingle-